



**a vida privada:
La mujer y la escritora
en los siglos XVIII y XIX**

**Private Life: Women and the Female Writer
in the 18th and 19th centuries**

*Daniela Zapata**

*“Todo el mundo tiene secretos. Especialmente yo.”
Lady Whistledown¹*

* Estudiante de segundo semestre de Historia de la Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín). Trabajo presentado para el curso Tendencias y corrientes de la historia. Correo electrónico: ddckinson90@gmail.com

Artículo recibido el 27 de agosto de 2013 y aprobado para su publicación el 18 de octubre de 2013.

1 Personaje de la obra de Julia Quinn *Seduciendo a Mr. Bridgerton*.



Resumen:

Cuando nos preguntamos por la escritora, es decir, por la mujer que tuvo la osadía de tomar la pluma y describir todo su entorno: sus sufrimientos, la sociedad en la que se veía sumergida, los anhelos perdidos y los ideales a los que aspiraba, también tenemos que preguntarnos por el espacio donde fue posible la escritura. En la época moderna donde las restricciones eran casi palpables, la figura de la mujer se podía observar en dos escenarios diferentes. La vida pública y la vida privada se manifiestan así, para justificar la necesidad de escribir, una necesidad que se hacía más angustiante por las convenciones y prohibiciones que debían cumplirse debidamente. Mientras el espacio de lo público hacía referencia a las posibilidades limitadas de las mujeres que se reducían a buscar un matrimonio adecuado y cumplir los deberes como esposa y como madre, muchas de ellas encontraron en el silencio y en la soledad de su habitación –cámara privada-, *cabinet*, escritorio o *secreter*- la posibilidad de escribir.

Palabras clave:

Mujer, Escritora, Austen, Privado, Secretos.

Abstract:

When we ask about the female writer, that is, about the woman who had the audacity to take a pen and describe her surroundings: her sufferings, the society in which she was submerged, her lost hopes and the ideals to which she aspired, we also have to ask ourselves about the setting where writing was made possible. In the modern era, when restrictions were almost tangible, the figure of the woman could be seen in two different scenarios. Public life and private life manifest themselves in such a way as to justify the need to write, a need that became distressing because of the conventions and prohibitions which had to be followed properly. The public space makes reference to women's limited possibilities such as entering a suitable marriage and duly performing a wife's and mother's duties. On the other hand, many women found in the silence and solitude of their rooms and private chambers, a desk, *escritoire* or *bureau* which gave them the possibility to write.

Keywords:

Woman, Writer, Austen, Privacy, Secrets.



En la alta sociedad inglesa de los siglos XVIII y XIX era frecuente que los hombres y mujeres se regocijaran de las últimas noticias y acontecimientos: “(...) *En efecto, esta cronista la han informado que Cressida Twonbley comentó*

hace poco que perecería de aburrimiento si se veía obligada a asistir a una desentonada velada musical más,” (Quinn, 2005, p. 45), o también se interesaban en noticias o primicias, como que la desafortunada hermana de la señorita Elliot –personaje de la novela *Persuasión* de Jane Austen- era presa de otra de sus enfermedades, que hacían parte de los cotilleos que no tenían otro cometido que satisfacer a los oídos inquietos de la aristocracia. La desgracia, la sinvergüenza, y la humillación de las jóvenes damas o caballeros que deshonraban su título, a la familia y a la sociedad misma o, que habían hecho el ridículo conversando más de lo debido con aquel o aquella joven en una velada, eran de interés común. Hay que tener en cuenta que para esta época la legitimidad del nacimiento, los títulos, la riqueza y el honor cobraban sentido a partir del valor y la importancia que se les otorgaba, es decir, alrededor de ellos se constituía la llamada aristocracia.

Sin embargo, tales exigencias y atrevimientos, tales murmullos y rumores sobre lo que pasaba y dejaba de acontecer en los altos círculos, pertenecía al espacio de lo público; en ese lugar donde queda al descubierto lo que era “posible decir”, lo que se debía hacer y lo que era aceptablemente permitido. Todo -desde la sonrisa cortes hasta la leve inclinación del rostro del caballero para saludar-, era vigilado en las reuniones, en las cenas y en los bailes; especialmente las normas y la rectitud que explícitamente guiaban los comportamientos y acciones de los hombres y las mujeres. Era una ilusión donde lo encantador de la velada, el decoro pertinente para los saludos y lo cortés en las relaciones sociales prevalecían, porque detrás de ellos se ocultaban los secretos, los pensamientos y sentimientos que hacían parte de la vida privada. Los verdaderos deseos que movían las acciones y los sufrimientos de una vida sin libertad, especialmente en las mujeres, quedaban ocultos. Pero esto no se reservaba únicamente a la nobleza, sino que también se extendía a la clase media, aquel ámbito donde la fortuna no alcanzaba a favorecer a todos, y el afán de casar bien a las mujeres era más patente.

El espacio de lo público se definía por los momentos de socialización entre las familias, amigos, parientes cercanos e incluso entre los recién conocidos; conversaciones que dejaban traslucir no sólo todo un entramado sobre el decoro y las formas de cómo se debía actuar, sino también, se podía percibir las formas implícitas de vigilancia y de control, que podían ejercer los de más poder, categoría social o abolengo sobre los demás. El simple murmullo sobre un acontecimiento podía causar la desgracia y la vergüenza para otro.

A finales del siglo XVIII, época que otorgaba especial atención a las relaciones ventajosas entre las familias, se dejaban a un lado las consideraciones sobre la sensibilidad y los sentimientos para centrarse en la falta de libertad de las mujeres, -aunque también los caballeros en algunas ocasiones se veían acosados por la impaciencia de sus madres para que buscaran esposa-. Este afán de casar a la hija era el medio más seguro para procurarles un futuro tanto a ellas como a la familia, porque sólo ellas, a partir del matrimonio, podrían lograr establecer para sí mismas, para sus padres y hermanos, relaciones sociales que les permitieran ascender, además de poder lograr un alivio económico que estaba asegurado cuando le dieran a su esposo el heredero deseado; sólo los hombres tenían derecho de heredar la propiedad de su padre. En las familias nobles donde sólo nacían hijas se hacía una excepción; ellas podían heredar una pequeña cantidad de dinero como parte de su dote; dote que ayudaba a establecer un afortunado matrimonio. Si no se casaban, esta cantidad de dinero pasaba a ser la renta para su beneficio propio. La propiedad, las tierras y el patrimonio seguía siendo herencia exclusiva para los hombres. Estas consideraciones sobre el espacio público estaban destinadas para que la sociedad se exhibiera y se afirmara a través de las conexiones sociales, donde cada miembro de la aristocracia observaba cada detalle de lo que ocurría en el día para convertirlo en la última novedad.

No obstante, existían otros lugares, momentos y formas de expresión que eran reservados para las emociones, los recuerdos, las intimidades entre los amantes o las amistades y la ternura del corazón que sufría por las eventualidades de los demás. Estos eran elementos que quedaban guardados en el silencio del hogar, o en los secretos que reservaban para sí hombres y mujeres. Lo privado y lo silencioso como escenario de los sentimientos que se van convirtiendo en tema predilecto para las artes y la literatura, tratan de plasmar esa relación del hombre con su propio sentir, y a la mujer en su angustia para alcanzar a expresarse; para ella era muy difícil hacerlo pues sus deseos se desvanecían entre los intereses de la sociedad que prohibía ciertos comportamientos con respecto a ella.

Para definir este espacio de lo privado recurriremos especialmente a la mujer, una de las protagonistas de la sensibilidad y de los sentimientos que se enaltecen a través de la literatura del siglo XVIII y comienzos del XIX, para llegar a comprender el significado que le otorgaba a su propia condición como mujer y para este trabajo en particular, a la mujer que asumía el papel de escritora, condición que veremos a través de las obras de Jane Austen, las

hermanas Brontë y *George Sand*² –seudónimo de Amandine Aurore Lucile Dupin- y que fue utilizada para encontrar una libertad en la sociedad por medio de su escritura. Estas autoras nos ayudaran a comprender la importancia de esos espacios privados, de la conservación de los sentimientos en ellos y en la materialización de los recuerdos y de los secretos en objetos.

Mientras las exigencias de la sociedad demandaban de ellas una forma específica para relacionarse y comportarse, muchas de las mujeres encontraban un refugio en su propio hogar, a partir del cual, el espacio que reservaban para sí adquiriría un sentido, como sucede en el caso de *George Sand*, y en los personajes de las obras de *Jane Austen* que buscan desahogar sus penas estando solas en su respectiva *cámara privada*, caminando por un jardín o escribiendo en su propio *cabinet*, escritorio o *secreter* alejado de la rutina cotidiana y de los movimientos constantes del hogar.

En las definiciones de lo privado que *Orest Ranum* hace en su texto *Los refugios de la intimidad*, menciona unas cualidades de los espacios en el hogar, de los objetos que guardan el recuerdo de algún acontecimiento importante y de las expresiones de la intimidad a través de la escritura y el arte (*Ariés*, 1989, p. 211). Para empezar, como ejemplo, comencemos con el significado y la utilización que *George Sand* hacía de las diferentes distribuciones de su casa en *Nohant*³. Observamos que según sus biógrafos y sus propias afirmaciones, su casa siempre estuvo abierta para sus amistades íntimas, es decir, que no todos entraban en su vida privada. Pero ciertas estancias de su casa, como el salón contiguo a la habitación de *Aurora de Saxe* –abuela de *George Sand*, que desde la niñez fue una presencia importante para la escritora-, fue uno de los lugares donde instaló un gabinete para utilización propia en la creación de muchas de sus obras. Sin embargo, también nos tropezamos con otro espacio reservado para ser usado solo por ella, que fue la habitación donde permaneció mucho tiempo *Chopin* y que luego sería su espacio de trabajo, para muchos, el llamado estudio. Estas estancias, generalmente, no se encontraban próximas a las de uso cotidiano –a excepción de la habitación de la abuela que quedaba en la planta baja junto al comedor y al vestíbulo-, sino

2 *George Sand*: escritora francesa. Nació en París 1 de julio de 1804 – *Nohant*, 8 de junio de 1876.

3 Las descripciones de la casa de *George Sand* se encuentran en internet bajo el título *Casa de George Sand*. Ver final del texto.

más bien apartadas de aquellas donde normalmente discurrían los visitantes los criados; cerca a los recintos más silenciosos y apartados de la casa. Hay que anotar que las habitaciones que Sand utilizó para escribir tenían, aparte de estar alejadas del rumor diario, una carga sentimental. Como escritora del siglo XIX, George Sand todavía se veía envuelta por las exigencias y las actividades que sólo las mujeres podían realizar.

En el caso de Jane Austen, la ocupación constante y el bullicio de la casa, los criados que iban de un lado a otro, las visitas y las responsabilidades de lo doméstico, eran motivos suficientes para que ella buscara un lugar propicio para la escritura. *“La mujer era mayoritariamente analfabeta, se dedicaba al hogar y a la crianza, desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la tarde, no tenía ni un espacio privado ni un tiempo propicio para la escritura”* (De Diego; Vásquez, 2002, p.177) pero aun así muchas lograron encontrar el momento para la creación de sus obras.

George Sand es una de las mujeres que a pesar de las dificultades que la sociedad les imponía, logró plasmar sus preocupaciones por medio de una escritura en libertad que no estuviera catalogada con la etiqueta de *“escribir cosas de féminas, como mujeres y sólo para señoras”* (De Diego; Vásquez, 2002, p. 183). Es decir, que lo que decían y comunicaban estas jóvenes sólo era de interés para ellas. Su seudónimo *George Sand* le permitió ingresar a una sociedad que se definía principalmente por principios masculinos, para lograr manifestar y declarar lo que la aquejaba y sentía.

Según Orest Ranum *“en el siglo XVIII, la cámara no pierde en absoluto su función de espacio íntimo; antes bien, al contrario, los pintores intensifican las representaciones de los signos íntimos y de las actividades que se realizan en la cámara”* (Ariés, 1989, p. 226). Las novelas de Jane Austen nos pueden sugerir algunos indicios. *Persuasion*, última novela escrita por la autora, nos servirá como ejemplo. A través de la narración y de los acontecimientos que embarcan a la protagonista Anne Elliot, vemos la necesidad de ésta de encontrarse a solas para poder acallar sus pensamientos y su agitación de ánimo. Tras el encuentro después de ocho años con su viejo amor, surge la posibilidad que éste se case con una de las jóvenes de la familia Musgrove. La carta que recibe de su hermana la altera y su familia, Sir Walter Elliot y Elizabeth, con la intensidad de sus preguntas sobre el matrimonio Croft, la obligan a poner su mejor sonrisa y responder con serenidad. Pero después *“al encontrarse sola en su habitación trató de comprender lo acaecido. ¡Bien podía Charles preguntarse*

qué sentiría el capitán Wentworth! Quizás había abandonado el campo, dejando de amar a Louise; quizás había comprendido que no la amaba” (Austen, 2009, p. 185) En las escritoras de este tiempo hay una tendencia a plasmar la vida cotidiana: los viajes a Londres, los bailes, las visitas de amigos o parientes. También nos permiten aproximarnos a esos momentos de soledad y silencio, que, como hemos señalado anteriormente, eran los guardianes de las emociones y los sentimientos de las mujeres. En *Jane Eyre* de Charlotte Brontë, se percibe también el valor y el sentido que adquiere la habitación para la protagonista. Jane después de escuchar las confesiones que el señor Rochester hizo de su vida, de su íntima vida, necesitaba poder aclarar lo que había oído:

Cuando me retiré a mi habitación, por la noche, pensé en la narración que el señor Rochester me había hecho. Cómo él dijera, nada había de extraordinario en tal historia: los amores de un inglés con una bailarina francesa y la traición de ella eran cosa muy corriente cuando se refirió al viejo palacio. Gradualmente pasé, de meditar en aquel incidente, a pensar en la confianza que el dueño de la casa me manifestaba. (Brontë, 1985, p. 112)

Una vez más, la necesidad de la reflexión, de aclarar las emociones que se interponían unas a otras en la mente, y de guardar para sí los sentimientos hacia una persona, situación u objeto, era la confirmación del sentido que cobra el espacio de lo privado y la soledad. Y es allí, donde la vida de muchas escritoras obtiene una importancia y un significado para su tiempo; en el silencio de su *estudio y su habitación* se hallan sus memorias, trabajos, diarios íntimos y sus secretos. En el trabajo realizado por Rosa de Diego y Lydia Vázquez en *Figuras de la Mujer*, desarrollan un capítulo sobre la figura de la escritora, tomando como referencia a varias mujeres que fueron representativas y la reacción que sus obras causaron en su tiempo. “*Sólo algunas mujeres consiguieron excepcionalmente de forma silenciada o silenciosa acceder a ese universo hombres y escapar así de las normas familiares y del rechazo social y encontrar poco a poco una cierta especificidad en su modo de escritura, a pesar de que no existía una tradición femenina*” (De Diego; Vázquez, 2002, p. 179). La relación es evidente. El espacio privado representa la huida, por parte de las mujeres, de la sociedad y de las convenciones que ésta dictaba. En el caso de George Sand, sus logros fueron reconocidos en función de su *masculinidad*, porque sus escritos fueron conocidos bajo el nombre masculino que utilizaba. Por ser mujeres, muchas de ellas fueron acalladas por la sociedad y sus trabajos eran símbolo de “*escándalo*”. ¡Quién se imaginaría a una mujer escribiendo, una mujer! ¡Era algo impensable! ¡Era una verdadera traición a la sociedad!

En el libro *Historia de la vida privada* de Geoges Duby y Phillipe Ariès, hay otro elemento que hace parte de lo privado y de los secretos que allí se guardan. En relación al amor, a los sentimientos y a los encuentros furtivos entre los amantes, se encuentra toda una cantidad de objetos que fueron guardados con mucho esmero para procurar que durasen toda la vida. Los objetos-reliquia, como los llama Orest Ranum, son objetos de todo tipo, desde las joyas de una dama, inscripciones del nombre de la amada en alguna esquila, sortijas, talismanes llevados para la buena suerte y la letra misma del caballero en las cartas (Ariès, 1989, p. 211). Pero, aunque estos elementos fueron guardados no sabemos con exactitud qué sentido tenían para las personas que los conservaron. En las novelas ya mencionadas, las protagonistas se encuentran con objetos y cartas que fueron enviadas en algún momento que reflejan el recuerdo, la seguridad, la tristeza, la desdicha o la felicidad que significaron para ellas en un pasado. *“Me llevaba siempre allá a mi muñeca. El corazón humano necesitaba recibir y dar efecto, y, no teniendo yo objeto más digno en que depositar mi ternura, me consolaba amando y acariciando a aquella figurilla, andrajosa y desastrada como un espantapájaros en miniatura.* (Brontë, 1985, p. 23). Muchas de estas circunstancias se ven constantemente en las descripciones que realizaba la literatura sobre la vida desdichada de algunas protagonistas, del significado que cobraba para ellas el envío y entrega de las cartas –en las obras de Jane Austen muchas de las circunstancias se resuelven a través de la correspondencia, como el engaño de Frank Churchill con la señorita Fairfax en *Emma*, y los verdaderos sentimientos del capitán Frederick hacia Anne en *Persuasión* -, y por último, la entrega casi sin ningún impedimento a esos objetos. A partir de ahí, surge la expresión escrita con sus memorias, sus diarios, autobiografías y novelas como objetos-reliquias.

En la obra de Jane Austen *Sentido y sensibilidad* podemos observar otro ejemplo de los objetos-reliquia, esta vez en lo relacionado con la conservación del sentimiento y la fidelidad hacia una persona. Elinor y su hermana Marianne tras la sorpresa y el ánimo alegre de ver al estimado Edward después de un largo tiempo de ausencia, pasaron a conversar con él sobre las eventualidades que lo traían de nuevo por estos lugares, sobre la belleza de los árboles y las montañas, sobre las comodidades de la nueva casa y los bellos prados que se podían observar a lo lejos. Pero en un momento determinado, mientras Edward cogía su taza de té, la mirada de la madre de Elinor se dirigió a la sortija de cabello que él tenía en uno de los dedos de su mano. Para aquella época era significativo que un hombre llevara este tipo de objetos, y más cuando si había sido entregado por la amada, pues ésta adquiriría una presencia constante

en la vida del hombre. Aunque nadie lo dijera abiertamente, y aunque la madre preguntase al joven si era el cabello de su hermana, todos especularon y dejaron que su imaginación vagara. Todos sabían que se trataba del cabello de Elinor. “(...) *Miró también al joven y sus miradas se encontraron. Se dio cuenta al punto que aquel pelo era suyo con la misma satisfacción que lo hizo Marianne; con la única diferencia que Marianne creyó que se lo había dado, y Elinor sabía, naturalmente, que debía habérselo procurado por algún ardid o por algún hurto.*” (Austen, 2010, p. 95). El otro sentido o finalidad de guardar dichos objetos y de llevarlos consigo, era sentir y llevar en todo momento la presencia del afecto y el compromiso de alguien, compromiso que se basaba en la fidelidad y en la entrega de los sentimientos por la amada.

A lo largo de la literatura del siglo XVIII-XIX y de las recreaciones que escritoras contemporáneas hacen de ese periodo, resaltando los elementos de la sociedad, de los títulos nobiliarios, de las relaciones ventajosas entre la aristocracia, de los detalles de los bailes, de las guerras napoleónicas que se libraban en España y que eran producto de la expansión del imperio de Napoleón, y de las preocupaciones que embargaban a los hombres y mujeres, son también ejemplos de la necesidad de objetos-reliquias entre sus protagonistas, ya sea para desahogarse en un diario íntimo, o para tener la confianza y la seguridad en momentos de angustia por medio de la conservación de un objeto. Estos objetos hacían más reales los recuerdos felices o desdichados, la presencia de alguien, muchas veces desconocido por la familia y los amigos, y la complicidad de mantenerlo en secreto. En *Seduciendo a Mr. Bridgerton* de Julia Quinn, Colin Bridgerton se exaspera al descubrir que Penélope había leído su diario sobre sus viajes por Europa, diario del que nadie conocía su existencia, porque ahí, como lo dice la misma Penélope, se comprendía cuanto extrañaba a Inglaterra. En *Arco iris roto* de Mary Jo Putney, el protagonista Michael le decía a su amiga Clare, que la única vez que lo habían herido en gravedad en la guerra, era a causa de no llevar su amuleto de la suerte; un caleidoscopio que había construido uno de sus mejores amigos desde la niñez, Lucien, y que siempre llevaba consigo. La necesidad se hace patente, los sentimientos que estos objetos llevan consigo es más que una presencia constante. Ellos son, los que dan fuerza, voluntad, seguridad y confianza para los momentos de amargura, pero otros, son el recuerdo de tristes nostalgias y de una felicidad perdida.

La escritora George Sand en su autobiografía *Historia de mi vida* señala algunos eventos cruciales de su niñez y encuentros con personas que

conoció a lo largo de su vida como el reencuentro con su abuela y su padre después de meses sin verlos, el viaje que realizó a Madrid y los cuentos que diariamente inventaba en voz alta mientras caminaba de un lado a otro por la casa, y que eran símbolos de la intimidad. Esta autobiografía, más que un texto que señala la vida de la escritora, nos permite asomarnos a la descripción de los momentos que no salían al espacio público, sino que eran el reflejo de lo cotidiano, y de lo que ocurría en el interior de la familia. Aquí, el espacio de lo privado adquiría otro sentido. Las tareas diarias de cada uno de los miembros, la forma como se vestían, la importancia de lo que decían o hacían y las aventuras de los niños en los jardines de la casa, eran instantes que reflejaban las sensaciones y emociones que habían percibido en aquellas circunstancias particulares. *“El hábito de soñar, adquirido desde la cuna sin siquiera darme cuenta, me dio desde muy temprano un aire de boba. Uso semejante palabra porque toda mi vida, en la niñez, en el convento, en la intimidad de la familia, siempre me lo han dicho, y seguramente debe ser cierto”* (Sand, p. 5).

Para finalizar, las novelas de George Sand, las hermanas Brontë y de Jane Austen se convierten así en objeto-reliquia porque fueron la manera como las escritoras se desahogaron y buscaron el medio para plasmar las actitudes de su época y su propia comprensión o visión sobre las circunstancias en que se veían envueltas. A través de sus novelas accedemos a su vida, a su tiempo y a sus emociones. Como ejemplo, se podría arriesgar a decir, por el tono melancólico, triste y sombrío de la novela *Cumbres borrascosas* de Emily Brontë –quien también, en su juventud, utilizó seudónimo de hombre para escribir sus poesías-, que podría referirse a la niñez dura y desdichada de la escritora a raíz de la muerte precoz de su madre y por haber tenido que pasar los primeros años en el colegio Lowood enferma de tuberculosis. Este colegio, como lo registra Charlotte Brontë en *Jane Eyre*, tenía carácter siniestro y fue allí donde su protagonista pasó vergüenza y humillación. *“Cumbres borrascosas, una novela de venganza, que describe el contraste entre una pasión destructiva y un tímido conformismo a través de la crónica de un amor imposible y de la desesperación de un deseo insatisfecho”* (De Diego; Vásquez, 2002, p. 177).

No obstante, Jane Austen *“ha explorado desde una perspectiva novedosa el mundo de los sentimientos y su trasgresión”* (De Diego; Vásquez, 2002, p. 189) a través de la ironía, el tono burlesco de las situaciones narradas y la tendencia a resaltar lo rutinario y cotidiano de la vida inglesa en la clase media. Ella fue hilando cada uno de los asuntos que la inquietaban para dibujar cada aspecto de los intereses que gobernaban en aquel tiempo las acciones

de los hombres, además, su propia voz, sus emociones y su perspectiva se encuentra en los diálogos de las protagonistas de sus novelas. Por ejemplo, Elizabeth Bennet en *Orgullo y prejuicio* es la portadora de la *trasgresión* de las imposiciones sociales y la que impone una ruptura con lo convencional, mientras que Charlotte, una de sus grandes amigas, es la figura clásica de la mujer que sigue las costumbres. Sin embargo, la correspondencia que Jane Austen mantenía con su hermana Cassandra son otra evidencia de la intimidad que mantenía ésta con su querida hermana. Y allí, en esa correspondencia donde Jane le contaba detalladamente, con suma alegría y sarcasmo sobre el diario acontecer de un baile o una velada, dejaba a la vista del lector algunas opiniones e ilusiones sobre el *joven irlandés*⁴ que era motivo de su alegría. El lector se regocija al confirmar sus sospechas del mutuo afecto que se tenían Mr. Lefroy y la señorita Austen, por los sentimientos que su autora preferida le manifestaba y por observar los temas más frecuentes entre los invitados; ¡Un cotilleo insufrible!. “*Me regañas tan duramente en la larga y agradable carta que acabo de recibir; que casi tengo miedo de decirte cómo nos comportamos mi amigo irlandés y yo. Imagina las cosas más libertinas y escandalosas en la manera de bailar y de sentarnos uno junto al otro.*” (Austen, p. 32)

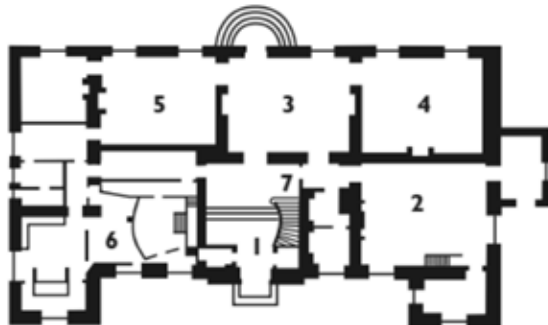
Una vez más, la novela como objeto-reliquia y las epístolas como muestra de la intimidad de muchas de las mujeres y escritoras del siglo XVIII y XIX son guardadoras de sus deseos, tristezas, nostalgias, pérdidas y sentimientos. Pero éstas emociones, muchas veces, quedaban en el silencio de su habitación, de su estudio y de su *cabinet*. “*La mujer encuentra las formas y el ritmo fluido, ágil, de la confesión, del quejido, del lamento, de la ternura, y de la soledad*” (De Diego; Vásquez, 2002, p. 187).

4 Según una de las cartas de Jane Austen que se encuentra digitalizada, el joven irlandés hace referencia a Tom Lefroy, el primer amor de juventud de la escritora.

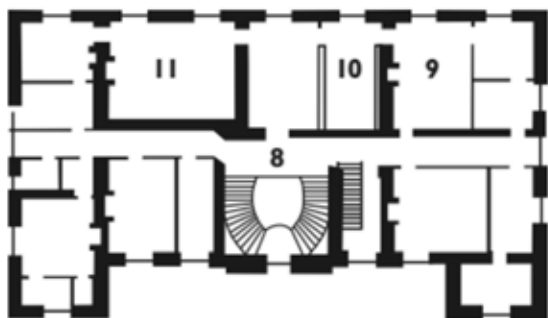


Anexo:

Planos de la casa de George Sand.



1. Vestíbulo
2. Cocina
3. El comedor
4. El salón
5. Habitación de Aurora de Saxe
6. Los dos teatros
7. La gran escalera.



8. Pasillo central
9. La habitación
10. El gabinete de trabajo
11. La habitación de Aurora Lauth-Sand

Bibliografía

- Austen, J. (s.f.). *Cartas de Jane Austen*. Recuperado el 2 de Abril de 2013, de <http://www.depoca.es/documentos/CARTAS-JANE-AUSTEN-Editorial-dEpoca-Primera-Carta-9-Enero-1796.pdf>
- Austen, J. (2011). *Orgullo y prejuicio*. Madrid: Alianza.
- Austen, J. (2009). *Persuasión*. Barcelona: Juventud.
- Austen, J. (2010). *Sentido y sensibilidad*. España: Biblok.
- Brontë, C. (1985). *Jane Eyre*. Bogotá: Oveja negra.
- Philippe Ariés, g. D. (1989). *Historia de la vida privada*. Madrid: Tauros.
- Quinn, J. (2005). *Seduciendo a Mr. Bridgerton*. Barcelona: Titania.
- Rosa de Diego, L. V. (2002). *Figuras de Mujer*. Madrid: Alianza .
- Sand, G. (s.f.). *Historia de mi vida*. Recuperado el 25 de Abril de 2013, de http://edu.mec.gub.uy/biblioteca_digital/libros/S/Sand,%20George%20-%20Historia%20de%20mi%20vida.pdf
- Putney, Mary Jo. (1998). *Arco iris roto*. Barcelona: Titania.

